



TEMA 1

La guerra del 14 y el fin del mundo europeo

1. El liberalismo y la Europa de los imperios.– 2. El fin de la seguridad y la decadencia europea.– 3. El europeísmo: propuestas económicas y políticas (Briand y Coudenhove-Kalergi).

CLAVES

1. Al concluir el periodo revolucionario europeo (1789-1848) el liberalismo se adueña de Europa. La nueva etapa se apoya en los logros técnicos de la denominada revolución industrial para configurar un nuevo orden en el que Europa ocupa el centro (eurocentrismo) y se erige como protectora del planeta. Se afianza así una carrera colonial, con una misión civilizadora que esconde una necesidad económica: la búsqueda de materias primas y nuevos mercados. A los viejos imperios (otomano, ruso y austriaco) se añaden otros (alemán), y las antiguas rivalidades se extienden por todo el mundo. Se configura así una sociedad cosmopolita, aristócrata y elitista, que vive en un mundo “artificial” gracias a los bienes procedentes de las colonias y a la explotación laboral que se ejerce en las metrópolis. El voto censitario era una manifestación de todo esto.

La historiografía coetánea propició un imaginario (una comprensión) en el que este orden se veía como natural e inmutable. La civilización europea era superior y por ello dominaba el mundo, nada cuestionaba este planteamiento. Incluso la “ciencia” demostraba que la raza blanca era superior.



Esa sociedad liberal, culta y cosmopolita, que viajaba de Viena a Berlín, que no conocía de fronteras, que compartía literatura y música, que confiaba ciegamente en el progreso, se consideraba europea aunque no existiese ninguna institución que abarcase el conjunto de los imperios. Basta leer Los Buddenbrook, la famosa novela de Thomas Mann publicada en 1901, para comprender todo esto.

2. La denominada guerra del 14, gran guerra o primera guerra mundial (1914-1918) terminó con todo esto: desaparecen los imperios y el continente se llena de fronteras que entorpecen las relaciones económicas, emergen las masas que terminan con la política liberal, y Europa queda desplazada por nuevas potencias no europeas.

El germen de todos estos cambios estaba ahí, pero la guerra sirvió de catalizador. Hizo patente lo caduco del orden establecido y permitió que cristalizaran grandes novedades (el nuevo papel de la mujer, por ejemplo). Del interior de los imperios emergió un nacionalismo casi sagrado. Y las nuevas fronteras no sólo rompieron los flujos económicos que se habían ido construyendo a lo largo de décadas sino también muchas trayectorias vitales.

Esto afectó profundamente a las mentalidades. Así, la obra de Oswald Spengler, La decadencia de occidente (2 vols., 1918-1923). En ella analiza el desarrollo cíclico de las civilizaciones: nacimiento, crecimiento, apogeo, declive y muerte.

Frente a la situación europea, resalta con fuerza la pujanza de Norteamérica: un Estado federal había “ganado” la guerra, y además se construía la primera organización supranacional americana: la Unión Panamericana (1910-1948), con sede en Washington.



3. Ante esto descubrimos distintas reacciones. Debe tenerse presente que, tal y como ha indicado Sidjanski, los movimientos europeos –europeístas- se encuentran en el origen mismo del proceso de integración. Afirma este autor que es este uno de sus rasgos distintivos. Las propuestas de estos movimientos fueron de diferente índole.

Por un lado hubo propuestas de integración económica. Frente al nacionalismo de la Europa de Versalles, los empresarios más dinámicos reaccionaron en un sentido más razonable: internacional y europeo. Así, en este periodo veremos nacer la primera concentración económica importante: el cártel del acero.

En París se constituyó un comité de acción para una unión aduanera europea, que reunió a políticos, economistas, industriales, banqueros y algunos sindicalistas. En su seno destacó un político próximo a Briand, que pertenecía a la izquierda moderada, Gaston Riou, que en 1928 publicó un libro titulado Europe ma patrie (Europa mi patria).

Pero si buscamos un libro que recoja los principales motivos económicos de los europeístas tenemos que referirnos a Francis Delaisi y su Les contradictions du monde moderne (Paris 1935). En él, apoyándose en documentación estadística demostraba la falta de sentido de las soberanías nacionales en una época en la que nuestra vida material se mundializaba cada vez más. En general, estos autores no eran federalistas en sentido estricto, se interesaban más por el libre cambio.

También hubo propuestas políticas: en enero de 1920 se reunió por vez primera la Sociedad de Naciones en Ginebra, con el objetivo de procurar a todos los Estados (grandes y pequeños) garantías mutuas de independencia política e integridad territorial. Pero la experiencia de la Sociedad de Naciones fue decepcionante, no supo o no pudo solucionar los problemas existentes ni los nuevos que había creado el tratado de Versalles. En los años 20 el problema



nacional se fue acentuando (por ejemplo, el conflicto entre Belgrado y Zagreb en el interior de la Gran Serbia). Algunos supieron ver las limitaciones de la Sociedad de Naciones desde su gestación. En concreto, Luigi Einaudi (que luego en 1956 fue el primer presidente de la República italiana) no se hizo falsas ilusiones. En una carta publicada en el Corriere della Sera (5 enero 1918), antes del fin de las hostilidades, se preguntaba por el proyecto de la Sociedad de Naciones y afirmaba: si la soberanía de los grandes Estados permanece intacta no compensa hablar de ello, y si no, hay que hablar de una verdadera federación, no aparentemente mundial, sino europea. Einaudi no se equivocó.

Aristide Briand, ministro francés de asuntos exteriores, expuso ante la Sociedad de Naciones el 8 de septiembre de 1929 la necesidad de establecer en Europa “un lazo federal entre nuestros pueblos”, entre los 27 Estados europeos allí presentes. Briand consideraba este proyecto como la culminación de toda su carrera. Su experiencia internacional le había permitido superar el nacionalismo, y soñaba con una federación como la suiza.

El primero en apoyarle fue su colega alemán el Dr. Gustav Stresemann (juntos habían hecho el tratado de Locarno, que suponía un primer acercamiento entre Francia y Alemania tras Versalles). Como conclusión del debate se pidió a Briand que elaborase un memorándum que sería sometido oficialmente a los gobiernos interesados. Seis meses después (septiembre de 1930) se presentó el memorándum en la Sociedad de Naciones: recogía desarrolladas las ideas y pedía una respuesta. Ahora no se trataba de aplaudir, o de comentar algo, se trataba de responder por escrito. Y así empezaron las hostilidades, hasta que en 1931 podemos dar por acabada la proposición Briand. El fracaso se debió a distintos factores: la muerte de Stresemann, la pérdida de poder político de Briand; la timidez de la propuesta, que no quería romper con la soberanía nacional; el rechazo de otros países, así Inglaterra; la crisis económica mundial; y un renacimiento del nacionalismo popular –así, el



ascenso de Hitler en Alemania-. En esas circunstancias era imposible la unión europea.

En el periodo de entreguerras sobresale también la figura de Coudenhove-Kalergi cuyo ideario había influido notablemente en el discurso de Briand. En 1923 Coudenhove-Kalergi fundó en Viena la organización Unión Paneuropea y publicó su libro Paneuropa. En 1924 lanzó el Manifiesto Paneuropeo. Tras el fracaso de Briand continuó la lucha tenazmente, pero amargamente: en 1938 tuvo que trasladar la sede del movimiento paneuropeo a París, y en 1940 tuvo que abandonar el continente. Refugiado en EE.UU. durante la guerra, trabajó como profesor de la Universidad de Columbia: de sus entrevistas con estudiantes y profesores surgió la idea de lo que luego se llamaría plan Marshall.

TEXTOS

Stefan Zweig, El mundo de ayer. Memorias de un europeo (1942), Barcelona 2002, p. 17.

Si tuviera que definir el mundo anterior a la guerra del catorce, lo haría con una palabra: seguridad.

[...]

Para mí la unidad europea era algo tan natural como respirar.

Konrad Adenauer, Memorias 1945-1953, Madrid 1965, p. 8.

Cuando hacía mi primer curso en la Universidad de Freiburg en el año 1894, todo parecía estar firme en la tierra. Nadie podía figurarse las conmociones que se sucedieron en los decenios siguientes. A fines de siglo, el Imperio alemán era la potencia más poderosa de la tierra; Gran Bretaña, la potencia marítima más



vigorosa, y Europa, el centro de fuerza político y económico de la tierra. Los Estados Unidos no tenían un ejército digno de mención, ni una flota considerable; todavía no había hecho su entrada en la política mundial.

En el año 1914, la primera guerra mundial trajo consigo que Estados Unidos tomara parte activa en la política mundial. Concluyó el Imperio alemán, siguió luego la República de Weimar. El año 1933 elevó al poder a Hitler y el nacionalsocialismo. La guerra de 1939, la segunda gran guerra mundial que él desencadenó caprichosamente, terminó con una derrota total de Alemania en el año 1945 y con una funesta debilitación de Europa.

Coudenhove-Kalergi, Manifiesto paneuropeo, 1924

¡Europeos, europeas!

[...]

Con inconcebible ligereza se juega Europa sus destinos, con inconcebible ceguera se niega a ver lo que viene, con inconcebible pasividad se deja empujar hacia las peores catástrofes que hayan amenazado jamás a un continente.

La única salvación reside en Paneuropa, en la reunión de todos los Estados democráticos del continente en una agrupación política y económica internacional.

Si se crea Paneuropa, en tanto que potencia mundial con igualdad de derecho, podrá constituir con América, Gran Bretaña, Rusia y el Extremo Oriente una nueva Sociedad de Naciones, en cuyo seno ninguna parte del mundo tendría ya que temer la ingerencia de las otras en sus asuntos.

[...]

Sin una garantía duradera de paz en Europa, cualquier unión aduanera europea sigue siendo imposible. Mientras cada Estado viva en el temor continuo de sus vecinos, debe asegurarse de su subsistencia autónoma en tiempo de guerra, como una plaza sitiada. Le hacen falta para ello industrias nacionales y



cordones aduaneros. Únicamente la sustitución del riesgo de guerra por el arbitraje obligatorio podría abrir la vía a la supresión de las fronteras aduaneras y al libre cambio europeo.

[...]

La comunidad de los intereses pavimenta el camino que conduce a la Comunidad política.

La cuestión europea, hela aquí: «¿Es posible que en la pequeña península europea vivan, unos al lado de otros, veinticinco Estados en la anarquía internacional, sin que semejante estado de cosas conduzca a la más terrible catástrofe política, económica y cultural?»

El porvenir de Europa depende de la respuesta que se dé a esta pregunta. Se encuentra, pues, en manos de los europeos. Viviendo en Estados democráticos, somos corresponsables de la política de nuestros gobiernos. No tenemos derecho a confinarnos en la crítica, tenemos el deber de contribuir a la elaboración de nuestros destinos políticos.

Si los pueblos de Europa quieren, Paneuropa se realizará: les basta para ello con negar sus votos a todos los candidatos y partidos cuyo programa es antieuropeo.

No hay que cansarse de repetir esta verdad sencilla: ¡una Europa dividida conduce a la guerra, a la opresión, a la miseria; una Europa unida, a la paz, a la prosperidad!

¡Salvad a Europa y a vuestros hijos!

Aristide Briand, Discurso en la Sociedad de Naciones, 5 septiembre 1929

Aquí, con alguna preocupación, podría decir con alguna inquietud, que hace brotar en mí una timidez por la que espero querréis disculparme, abordo otro problema. Durante estos últimos años me he asociado a una activa propaganda a favor de una idea que se ha tenido a bien calificar de generosa, acaso para no



tener que calificarla de imprudente. Esta idea, que nació hace muchos años, que obsesionó la imaginación de los filósofos y de los poetas, que les ha valido lo que cabe llamar éxitos de simpatía, esta idea ha progresado en las mentes por su valor propio. Ha acabado por parecer como exigencia de una necesidad. Se han reunido propagandistas para difundirla, para hacer que penetre más en el espíritu de las naciones, y confieso que me he encontrado entre estos propagandistas.

No he dejado, con todo, de ocultarme a mí mismo las dificultades de semejante empresa, ni de percibir el inconveniente que puede suponer para un estadista el lanzarse a lo que bien cabría llamar semejante aventura. Pero pienso que en todos los actos del hombre, inclusive los más importantes y los más sabios, hay siempre un grado de locura o de temeridad. Por ello, me he concedido de antemano la absolución y he dado un paso al frente. Lo he hecho con prudencia. Me doy cuenta de que la improvisación sería temible y no se me oculta que el problema se sitúa tal vez algo fuera del programa de la Sociedad de Naciones: guarda, sin embargo, relación con él, pues desde que el Pacto existe, la Sociedad no ha dejado nunca de preconizar el acercamiento de los pueblos y las uniones regionales, incluso las más amplias.

Pienso que entre pueblos que están geográficamente agrupados como están los pueblos de Europa, debe existir una especie de lazo federal; estos pueblos han de tener en todo momento la posibilidad de entrar en contacto, de discutir sus intereses, de adoptar resoluciones comunes, de establecer entre sí un vínculo de solidaridad que les permita enfrentarse, en el instante preciso, con circunstancias graves, si de pronto surgiesen.

Este vínculo es el que yo quisiera tratar de establecer.

Evidentemente, la asociación actuará sobre todo en el ámbito económico: es la cuestión más apremiante. Creo que en este terreno se puede obtener éxitos. Pero estoy seguro también de que desde el punto de vista



político, desde el punto de vista social, el lazo federal, sin afectar a la soberanía de ninguna de las naciones que podrían formar parte de tal asociación, puede ser beneficioso, y me propongo, a lo largo de esta sesión, rogar a aquellos colegas míos que representan aquí a naciones europeas, tengan a bien querer considerar oficiosamente esta sugerencia y proponerla al estudio de sus gobiernos, para desentrañar más adelante, acaso durante la próxima sesión de la Asamblea, las posibilidades de realización que en ella creo discernir.

Francis Delaisi, Les contradictions du monde moderne, Paris 1935

Consideremos la jornada de un burgués de París hoy. Por la mañana, tras levantarse, se lava con jabón (fabricado con cacahuetes del Congo) y se seca con una toalla de algodón (de Luisiana). Después se viste: su camisa y su cuello son de lino de Rusia, su pantalón y su chaqueta de lana traída de Australia; adorna su cuello con una corbata hecha con seda del Japón; se pone unos zapatos, cuyo cuero procede de una vaca argentina y ha sido curtido con productos químicos alemanes [...]

Al final, después de haber cenado en un cabaret caucasio a los sonos de una banda de jazz negra, los esposos Durand vuelven a su casa. Y el señor Durand, cansado de un día tan completo, se duerme en su edredón (de plumas de pato noruego), soñando que decididamente Francia es un gran país, que se basta a sí mismo y puede reírse del resto del universo [...]

CUESTIONES

1. ¿Cómo se relaciona la consolidación de los imperios europeos y el eurocentrismo?
2. Relacione los textos de Zweig y Adenauer.



3. ¿Qué significa la entrada de los EE UU en la primera guerra mundial?
4. Relacione Paneuropa y Panamérica.
5. Sintetice las claves del movimiento paneuropeo.
6. ¿Qué propuso Briand en la Sociedad de Naciones?
7. ¿Era realista el nacionalismo político del periodo de entreguerras? ¿Qué le sugiere el texto de Delaisi al respecto?